

juntamente con su amiga, los cuales fueron hallados juntos, como sus almas juntas se fueron á los infiernos. De muy pocas cosas y de inopinados sucesos depende un tan grande suceso como el momento del cual pende la eternidad (1). Cada uno abra los ojos, y no se asegure en la vida, pues tiene tantas entradas la muerte. Nadie diga no moriré hoy; porque cuantos han muerto de repente tampoco pensaban que habian de morir aquel dia, y murieron cuando menos pensaban, y lo que sucedió á otro te puede suceder á tí. Con tan pocas causas como las dichas murieron tantos, y tú puedes morir sin ninguna; porque para una muerte repentina no es menester un cabello que atragante, ni una espina que ahogue, ni una melancolía que aflija, ni un gozo que deleite: sin nada de estas causas exteriores puede suceder; basta un humor que se corrompa en las entrañas, y llegue sin verlo nadie al corazon, y es maravilla que no mueran de repente mas de los que mueren, segun son nuestros excesos y desórdenes, y segun es frágil nuestro cuerpo. No somos de hierro ni de bronce, sino de carne blandísima. Á un reloj vemos que con ser de duro metal se gasta, y cada hora es menester aderezarle, y quebrándose una rueda para y se detiene todo; pues mayor artificio hay en el cuerpo humano mas sutil y delicado; y los nervios no son de acero, ni las venas de bronce, ni las entrañas de hierro. ¿Á cuántos se les ha corrompido ó deshecho el hígado ó bazo, y han muerto de improviso? Nadie ve lo que tiene dentro de su cuerpo, y puede estar tal, que no viva una hora, aunque se sienta sano. Temblemos todos de lo que puede suceder.

#### CAPÍTULO IV.

*Por qué es terrible el fin de la vida temporal.*

Por ser fin de la vida la muerte, dijo Aristóteles que era de las cosas terribles la terribilísima. ¿Qué diría por ser principio de la eternidad, y como una puerta por donde entramos en aquel abismo profundísimo, no sabiendo uno de qué lado ha de caer en esta hondura? Si es la muerte tan terrible, por ser fin de las cosas de esta vida, qué será por haberse de dar en ella cuenta y razon de todas á aquel tremendo Juez inflexible y justísimo, que murió porque las usásemos bien? No es lo mas terrible de la muerte dejar la vida en este mundo, sino haber de dar cuenta de ella al Criador del mundo, y mas cuando no ha de usar de misericordia: esto es cosa tan tremenda, que hacia estremecer al santo Job, con tener tan buena cuenta que dar, que el mismo Dios se preciaba de tenerle por siervo, y el Espiritu Santo testifica que no pecó en cuanto dijo en sus trabajos y calamidades, y que no se las envió Dios por pecados, propo-

(1) Andreas Ehorum. de morte non vulgari.

niéndonosle por ejemplo de paciencia y virtud, y él mismo dijo que no le remordia la conciencia: con todo eso tembló tanto del justo juicio que Dios hace al fin de la vida, y hará al fin del mundo, que espantado de la severidad de la divina justicia, dijo hablando con Dios: *¿Quién me diera que me ampararas y escondieras en el infierno mientras se pasa tu furor?* Por lo cual dice Dionisio Rikel (1) que aquel punto en que uno es juzgado de Dios es mucho mas terrible, no solo que la muerte, sino que el padecer por tiempo las penas del infierno. Y esto no solo á los que se han de condenar, pero á los escogidos para el cielo; pues siendo tan justo y santo Job, se estremeció tan extrañamente del juicio cuando le tenia léjos, y las cosas no se suelen sentir como son: y sin duda ninguna verse uno desagradecido á su Redentor, verse que ha ofendido á su Criador, aunque sea en culpas pequeñas, es para sentir mas que padecer las penas mayores. Por esto juzgó san Basilio que era menos padecer eternamente los tormentos del infierno que la confusion que tendrán de Cristo los pecadores; y así ponderando aquella reprehension que se dió al rico, cuando le dijeron: *Necio, esta noche te quitarán la vida; ¿de quién serán las cosas que adquiriste?* Dice el Santo (2): *Este escarnio sobrepuja á una pena eterna.*

Esta terribilidad es por muchas razones, y cada una bastante para causar un espanto mortal. No es la menor la vista sola del Juez, que juntamente con ser juez es parte y testigo irrefragable; porque será tal la severidad que mostrará en el rostro á los malos, que dice san Agustin que quisieran antes padecer todo tormento, que ver el rostro de su Juez airado. Y san Crisóstomo dice (3): *Mejor fuera sufrir ser heridos de mil rayos que ver aquel rostro lleno de mansedumbre y piedad que se extraña de nosotros, y aquellos ojos de toda serenidad que no se les sufre el mirarnos.* Una vez que á los que estaban en esta vida, donde está el campo de la misericordia abierto, miró una imágen de Cristo crucificado con ojos airados, bastó para asombrar y aterrar tanto á trescientos hombres que estaban presentes, que los derribó en tierra, y tuvo sin sentido como muertos por algunas horas (4). ¿Qué asombro causará, no la imágen, sino el mismo Jesucristo vivo; no en la humildad de la cruz, sino en el trono de su majestad y sitial de su justicia; no en el tiempo de misericordia, sino en la hora de todo rigor; no desnudo y enclavadas las manos, sino armado contra los pecadores con la espada de justicia, cuando aparezca para juzgarlos y vengar las injurias que le hicieron? Dios es tan cabal en su justicia como en su misericordia; y así como ha dado su tiempo á la misericordia, le ha de dar á la justicia. Y como en esta vida está el rigor de su justicia como suspenso y reprimido; en el punto de la muerte, cuando es juzgado el pecador, ha de

(1) Dion Rikel, art. 16 de novis. — (2) Basil. hom. contra divites avaros.

(3) Chrys. hom. 24 in Mat. pag. 38. — (4) Roder. in opus. ult. et in annuis Societ.

como soltarse é inundar al miserable. Un caudaloso rio que tuviese su corriente detenida y violentada por veinte ó treinta años, ¿cuánta inmensidad de agua tuviera recogida? Y en el punto que se soltase toda, ¿con qué impetu correria? ¿Qué resistencia pudiera suspenderla? Pues la justicia que el profeta Daniel comparó á un rio, no como quiera, sino de fuego, por la grandeza de su severidad y rigor, está como represada por veinte ó treinta años de la vida de un hombre. ¡Cuán infinito abismo tendrá junto, y cómo se soltará en el punto de la muerte contra el desagradecido pecador! Todo este rigor y severidad de justicia verá el miserable en el rostro del Juez, y así le causará tan extraña confusion y pasmo: por lo cual dijo el profeta Daniel (1) que un rio de fuego arrebatado saldrá de su rostro. Dice mas, que su trono es llamas de fuego, y las ruedas de él eran fuego encendido; porque todo será fuego, rigor y justicia. Propónenos tambien su tribunal y trono con ruedas, para significar el impetu y velocidad de su omnipotencia para ejercitar el rigor de su justicia; porque se mostrará toda en aquel momento que fuere uno llevado á juicio, con lo cual quedarán muy confusos y atónitos los pecadores. Por lo mismo dijo David: *Entonces les hablará con su ira, y los turbará con su furor.*

Esto mismo declaran otros profetas con palabras bien tremendas y espantosas. Isaías dice (2): Que vendrá el Señor vestido con vestidura de venganza y cubierto con un pálio de celo, como para vengarse y dar á sus contrarios su indignacion, y á sus enemigos su vez. Para declararlo mas el Sábido dice: Su celo, esto es, su indignacion, tomará armas, y armará á las criaturas para la venganza de sus enemigos: vestirá por peto á la justicia, tomará por morrion el juicio cierto, abrazará por escudo inexpugnable á la equidad, y aguzará su ira por lanza. El profeta Oseas (3) declara lo mismo proponiéndonos al Juez, no solo como hombre enojado y armado, sino como una fiera brava; y así dice hablando en persona de Dios: Yo les saldré al encuentro, esto es, yo les apareceré en aquel punto como una osa á quien han quitado sus cachorros: despedazaréles sus entrañas, y consumiréles como leon. No hay animal mas fiero que el leon por su naturaleza, ni que la osa cuando ha perdido sus hijos, la cual acomete rabiosamente al primero que encuentra. Pues aquel Dios cuya naturaleza es suma bondad se quiso comparar á fieras tan terribles, para declarar la terribilidad de su justicia, y rigor con que merecerán los pecadores que se les muestre y trate. La consideracion de esto hizo tanto peso al abad Agaton cuando estaba para morir, que estuvo tres días admirado, teniendo de espanto abiertos los ojos sin moverse de un lado á otro. Por cierto que toda comparacion y encarecimiento es corto, pues es aquel el día de ira y calamidad, aquel dia cuando ha de dar voces el Señor por los mu-

(1) Dan. vii. — (2) Isai. xv. — (3) Osee, xiii.

chos en que calló; aquel dia del cual dijo por su Profeta: Callé, enmudecí; pero hablaré con gritos como mujer de parto; aquel dia que ocupará toda la justicia, y se ha de recompensar en él por los muchos años que gozó la misericordia; aquel dia y aquella hora será de justicia pura sin mezcla de misericordia, sin esperanza de compasion ni de ayuda ó favor, ni de otro patrocinio que el que dieren á uno sus obras. Esto se significó en lo que dice Daniel, que el trono y tribunal de Dios es de llamas, y que saldrá un rio de fuego de su cara; porque el fuego, fuera de ser el elemento mas activo, mas presto y mas vehemente de todos, es el mas puro, que no permite en sí mezcla de otra cosa; porque aunque la tierra esté mezclada con minas de metales y vetas de piedras, el agua sufra en su gremio muchas variedades de peces y árboles, el aire gran multitud de exhalaciones y vapores y otros cuerpos, el fuego no permite mezcla de otra cosa; al bronce derretirá, á las piedras deshará, á los animales consumirá, y á los árboles convertirá en sí. De suerte que no solo no consiente en sí otra cosa, pero que convierte en sí á lo que le es contrario; no solo á la nieve deshace, sino que al hierro frio enciende. Así será en aquel dia, que todo será fuego de rigor y justicia sin mezcla de misericordia; antes las mismas misericordias que Dios ha usado con el pecador serán entonces mayor aumento y cebo de su justicia.

Ó hombre que tienes ahora tiempo, mira que te has de ver en aquel punto en que no ha de haber para tí sangre de Cristo derramada, ni el Hijo de Dios crucificado, ni intercesion de la Virgen piadosísima, ni ruegos de los Santos, ni misericordia divina, sino solo Dios airado y justiciero, á quien servirán todas sus misericordias para aumentar su justicia. En tal punto te has de ver, que no has de tener ninguno de tu parte, y todas las cosas estarán contra tí. La misma Virgen, madre de misericordia, la misma misericordia de Dios, la sangre de tu Redentor serán contra tí, y por tí solo serán tus obras buenas; porque en pasando de esta vida no has de tener otro padrino ni amparo sino el de tus santas obras, solo has de estar acompañado de ellas, y cuando te deje el Ángel de tu guarda y tus santos Abogados, no te dejarán las obras. Mira cómo te apercibes ahora para aquel dia: sábetе aprovechar de la sangre de Cristo para tu salvacion, y sino te servirá para tu mayor condenacion. Asombró á todo el orbe cristiano el modo con que el papa Teodoro condenó á Pirro hereje (1): convocó concilio en Roma, y delante de todos los congregados junto al sepulcro de san Pedro, tomando el cáliz consagrado, echó de la sangre de Cristo en el tintero, y con ella escribió de su propia mano la sentencia de excomunion y anatema con que apartó de la Iglesia á Pirro. Los que oyeron este caso temblaron; tiemble, pues, á

(1) Theophanes anno 20 Heraclit Imp. ut habetur in tom. 2, p. 2, Conc. in notis ad vitam Theod. Papæ.

quien le puede suceder que la sangre de su Redentor le sirva para su sentencia de muerte eterna; porque tan severa ha de ser en aquel día para el pecador la justicia divina, que si fuera menester para dar la sentencia de condenacion firmarse con la sangre de Cristo, aunque se derramó en la cruz para su bien, ya en aquel punto le servirá para su daño y eterna reprobacion. Si esto es así como lo es, tanto, que no puede ser cosa mas cierta, ¿cómo nos descuidamos, cómo nos holgamos, y cómo nos reimos? Por cierto con mucha razon un viejo del yermo viendo reir á uno le reprendió, diciendo (1): Hemos de dar cuenta estrecha delante del Señor del cielo y tierra, juez inflexible; y ¿tú te atreves á reir? ¿Cómo se atreve á reir el pecador, pues ha de venir punto en que no le ha de aprovechar llorar? ¿Cómo no pide ahora con lágrimas perdon de sus culpas, pues despues de muerto no le podrá alcanzar? No habrá allí ya misericordia, no habrá remedio, no habrá amparo de Dios ni de criaturas, si no es lo que defendieren á uno sus obras; y así procuremos tenerlas buenas, porque no tendrémolas en la otra vida otra cosa. No tendrá allí el rico criados que le autoricen, ni abogados bien pagados y beneficiados que le defiendan su pleito; solo le autorizarán sus obras santas, y estas solas le defenderán. Y en aquel punto, cuando le faltare aun la misericordia de Dios y la sangre de Cristo, no aplacará á la justicia divina; solo sus buenas obras no le faltarán. Allí donde faltarán á los hombres los tesoros que amontonaron y tuvieron muy guardados, no les faltará la limosna que dieron al pobre. Allí donde faltarán los hijos, los parientes y domésticos, no faltarán los peregrinos que se albergaron, los pobres del hospital que se visitaron, los necesitados que se socorrieron. La hacienda deja el rico en el mundo sin saber á qué personas vendrá: las obras solo llevará consigo, y estas solo le valdrán, cuando no le podrá valer otra cosa. Ni Cristo, juez de vivos y muertos, admitirá entonces otros patrocínios ni abogados, sino el de las buenas obras. Mire uno no convierta contra sí lo que solo ha de estar por él.

Para espantar es como se atreve uno á obrar mal estando viendo quien ha de venir á ser su juez, para con quien nada ha de valer sino haber obrado bien: y este espanto es mayor, pues agraviamos con la obra mala al mismo juez que ha de sentenciar nuestra causa; porque estándolo viendo el corregidor no se atreviera á hurtar el ladron al vecino suyo, y fuera tenido por loco si al mismo corregidor fuera á hurtar en su casa ó agraviarle. Pues ¿cómo se atreve un hombrecillo á injuriar la misma persona de su juez rectísimo y justo? ¿Quién es tan sin consideracion, que teniendo certidumbre que un juez severísimo le habia de convencer del delito y sentenciar la causa, se fuese á robarle á su casa? Pues ¿qué seso es el nuestro, que teniendo mas que evidencia que hemos de venir á parar á manos de Jesucristo, juez integérrimo y justísimo, no s

(1) In vitis Pat. lib. 5.

atrevernos á ofenderle, y mas siendo tan injustos contra él, que le posponemos al demonio? ¿Cuán grande fue la maldad de los judios que juzgaron por mejor que viviese Barrabás que el Hijo de Dios? Considere aquí el pecador su insolencia, que juzga por mejor dar gusto al demonio que á Jesús su Redentor. Cada uno que peca hace como un juicio, en que condena á Jesucristo, y da la sentencia en favor de Satanás. De este injustísimo juicio ha de tomar residencia y cuenta estrechísima el mismo Hijo de Dios, contra quien sentenció injustamente el pecador. Mire por su injusticia cuánta ha de ser la justicia divina; mire el cristiano cómo mira ahora por la causa de Cristo; mire cómo obra, pues todas sus obras las ha de mirar y remirar su Redentor. Un artífice que supiese habia de parecer su obra ante un gran rey, ó que la habia de examinar un gran maestro del arte, se esmeraria en sacarla muy perfecta. Pues todas nuestras obras han de parecer delante del rey del cielo y del sumo maestro de virtudes Jesucristo, procuremos sean todas perfectas y acabadas; y mas, pues no las ha de examinar por sola curiosidad, sino para darnos por ellas sentencia de condenacion ó bienaventuranza eterna. Traigamos á la memoria que hemos de dar cuenta á Dios; y así miremos lo que hacemos, y lloremos lo que hemos hecho, obremos virtudes, y quitemos pecados. Considerémonos ya como reos, y procuremos temer al Juez, como aconsejó el abad Amnon, del cual se refiere en el libro de las vidas de los Padres, que tradujo Pelagio cardenal (1), que preguntado de un monje mozo qué haria para aprovechar mucho, le respondió: Anda, y ten el mismo pensamiento que tienen los facinerosos en la cárcel, los cuales andan preguntando: ¿En dónde está el juez? ¿Cuándo vendrá? Y aguardando su castigo y pena lloran. De esta suerte debe estar siempre el monje con sobresalto y reprendiéndose, diciendo: ¡Ay de mí! ¿cómo tengo de parecer delante del tribunal de Cristo? ¿Cómo tengo de dar cuenta de todas mis obras? Si siempre piensas esto, podrás salvarte, y no dejarás de hacer lo que pudieres para asegurar tu salvacion, y todo será poco. Escribe san Juan Climaco de un monje que, habiendo vivido con poco fervor, cayó en una grave enfermedad, y en ella, quedando sin sentido, vió en sueños el juicio de Dios: mas volviendo en sí, fue con tanto pasmo y asombro, que hizo le tapiasen la puerta de su celdilla, que era tan pequeña y estrecha, que apenas se podia mover en ella, y allí encerrado perseveró doce años dentro de aquella cárcel, sin hablar todo este tiempo con nadie, ni comer mas que pan y agua; y estando sentado y atónito, volvía en su corazón lo que en aquel arrebatamiento habia visto, y tenia tan fijo el pensamiento en esto que nunca mudaba el rostro de un lugar, sino perseverando así atónito y callando, no podia contener la fuerza de las lágrimas que por su rostro corrian. Estando ya vecino á la muerte (dice el Santo) rom-

(1) In vitis Patrum, lib. 3, libel. 3, c. de compunctione, p. 566, apud Rosw.

pimos la puerta, y entramos todos dentro; y como le pidiésemos con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion, solamente nos dijo esto: Perdonadme, Padres: ninguno que de verdad y de todo corazon supiere qué cosa es pensar en la muerte tendrá jamás atrevimiento para pecar. Esta mudanza y vida tan penitente causó en este monje el rigor del juicio divino que se hace en la muerte.

§ II.

*Otra causa de la terribilidad del fin de la vida, que es la averiguacion de lo que se pecó en ella.*

Hay tambien otra vista terribilísima al fin de esta vida en el punto que espira el alma, por la cual será á los pecadores muy horrible aquella hora; y es la vista de los pecados, cuya fealdad, gravedad y multitud se verá entonces clara y distintamente, aunque ahora ignoramos muchos, y no conocemos la fealdad de ellos. Pero en el punto que parte uno de esta vida se descubrirán todos con la misma gravedad, horribilidad y número que tienen en sí. Esto nos significó el profeta Daniel, cuando dijo: Que el trono del tribunal de Dios era llamas de fuego; porque el fuego no solo quema, sino alumbra: así en el juicio divino no solo se ejercitará el rigor de la divina justicia, sino que se descubrirá la horribilidad de la malicia humana. No solo estará el Juez severo, sino que se descubrirán nuestros pecados patentes, y su vista bastará para hacernos estremecer de pena y espanto: porque así como la vista del Juez aterrará á los pecadores, así tambien la vista de sus pecados les asombrará, principalmente viendo que están claramente manifiestos al mismo que es Juez y parte. Por lo cual se dice en un salmo (1): *Desmayamos, Señor, con tu ira, y con tu furor somos conturbados*; y añadiendo luego la razon de tan gran turbacion y desmayo, dice: *Pusiste nuestras maldades delante de tu acatamiento*. Porque el ver la multitud y gravedad de sus culpas hará á los pecadores temblar, y causará en ellos ansias infernales. Ahora está cubierta la fealdad del pecado, y así no nos asombra; pero en aquel punto se descubrirá toda su deformidad, y aterrará con sola su vista. Ahora nos parecen ligeros los pecados, y la multitud de ellos no conocemos; pero á la salida de esta vida nos parecerán tan pesados, que nos serán insoportables: porque así como una gran viga mientras está en el agua un niño la puede mover y traer á una parte y otra, y la mitad de ella está hundida y escondida debajo de las aguas, pero al sacarla del rio se halla tan pesada, que muchos hombres no la pueden mover, y se descubre toda entera; así tambien en las aguas de esta vida tan deleznable y borrascosa no nos parecen graves

(1) Psalm. LXXXVI.

nuestras culpas, y la mitad de ellas se nos esconden; pero al salir de la vida nos parecerán con toda gravedad incomparables, y se nos descubrirán del todo.

Sin duda ninguna serán dos espadas agudas que atraviesen la conciencia del pecador, cuando vea delante de los ojos tan innumerable multitud de culpas y la horrible monstruosidad de ellas. Y empezando por la multitud, quedará pasmado cuando eche de ver tantos pecados que él ignoraba; y lo que mas es, lo que pensaba estar bien hecho hallará ser culpa. Por eso se dice en el salmo: *Cuando tomare tiempo, yo juzgaré á las mismas justicias*; porque muchas acciones que á los ojos humanos parecen virtudes, serán en el acatamiento divino vicios; porque si hay tan grande diferencia en los juicios humanos, que lo que muchas veces juzgan los mundanos y mozos por bien hecho, los sábios y ancianos lo juzgan por desacierto y pecado, ¿cuánta diferencia habrá de los juicios divinos á los de los hombres, pues el mismo Espíritu Santo dijo por sus Profetas que los juicios de Dios eran un grande abismo, que distaban sus pensamientos de los pensamientos de los hombres quanto va del cielo á la tierra? Y si los hombres espirituales tienen tan perspicaces ojos, que condenan con verdad lo que los temporales alaban, ¿qué ojos serán los divinos para conocer mancha aun en una pureza que parezca angélica? Y si en los Ángeles halló maldad (como dice la Escritura), en los hombres no se le esconderá vicio. El mismo Señor dice por uno de sus Profetas: *Escudriñaré á Jerusalem con candelas*. Si tal averiguacion se ha de hacer en la ciudad santa de Jerusalem, ¿qué será en Babilonia? Si en los justos ha de haber tal rigor, ¿cómo se disimulará con los enemigos de Dios? Allí han de salir á plaza cuantas obras hicimos, y las que dejamos de hacer: y se descubrirá por culpa no solo lo malo que hicimos, sino lo bueno que no hicimos debiendo hacerlo: no solo se nos ha de tomar cuenta de lo malo que obramos, sino tambien de lo bueno, porque no lo hicimos bien. Todo se ha de desenvolver, y remirar, y apurar, y pasar por muchos ojos. El demonio, como acusador, revolverá el proceso de la vida, y calumniará quanto sabe de tí, y aunque el demonio no lo supiese todo, no por eso se disimulará; porque tu conciencia dará voces, y te acusará tambien. Y porque podrá ser que la conciencia no echase de ver todo su mal, no por eso se pasará entre renglones; que el mismo Ángel de guarda que ahora es nuestro ayo, entonces será tambien fiscal y acusador contra los pecadores, declarando la justicia divina; y lo que la propia alma ignora de sus culpas, él las confesará. Y si los ojos del demonio, y la confesion de la propia conciencia, y el testimonio del Ángel no lo declararen todo, porque podrian no saberlo, el mismo Juez, que es parte y testigo juntamente, con su infinita sabiduría lo publicará; porque con mas que ojos de lince penetrará lo profundo de nuestra voluntad, declarando ser muchas cosas vicios, que se tenian por virtudes. ¡Oh extraña manera de juicio, donde ninguno habrá que

niegue! donde todos son acusadores, hasta el mismo reo! donde todos son testigos, hasta la misma parte y el mismo Juez! ¡Oh tremendo juicio, donde ningun abogado hay, y habrá cuatro acusadores! El demonio te acusará, el Ángel te acusará, tu conciencia te acusará, y el mismo Juez te acusará aun de muchas cosas con que por ventura pensabas defenderte.

¡Oh qué grande confusion será que se cuente por delito lo que pensabas ser servicio! ¿Quién pensara que el llegar Oza á detener el arca del Testamento, cuando se iba á caer, no fuese bien hecho? Pero castigó el Señor como gran pecado con pena de muerte desastrada, mostrando ser diversos sus juicios divinos de los nuestros humanos. ¿Quién pensara que el querer saber David el número de su pueblo no era prudencia y gobierno? Pero juzgó Dios por tan mal hecho, que por eso le castigó con una peste nunca vista semejante, que en tan breve tiempo mató á tantos. Saul, cuando se tardaba Samuel, y sacrificó apretado de los enemigos, pensó que hacia un acto de las mayores virtudes que hay, que es de religion; y Dios lo calificó por tan grave pecado, que por él le reprobó. ¿Quién juzgara que no fuese acto de gran magnanimidad y clemencia, cuando el rey Acab (1), habiendo vencido á Benadad rey de Siria, se hubo con él tan humano, que le perdonó la vida y dió lugar en su carroza real? Pues esto que los hombres alabaron desagradó tanto á Dios, que le envió un profeta para que dijese al rey Acab como él habia de ser muerto por ello, y habia de llevar la pena él y su pueblo que merecia Siria y su rey. Pues si aun en esta vida se han mostrado tan contrarios los juicios de Dios de los humanos, ¿qué será en aquella hora tremenda que está reservada para que cumpla Dios con su justicia? Allí se descubrirá todo, y cubrirá de confusion el pecador con la multitud de sus pecados. ¿Cómo se correrá verse delante del Rey del cielo con vestiduras tan manchadas? Entonces se dice uno que está confuso cuando le salen las cosas contrarias á lo que esperaba, ó está con más indignidad de lo que le parecia decente. Pues ¿qué confusion será cuando pensando uno hallar virtudes tope que son vicios sus obras, y juzgando tener servicios, halle ofensas, y esperando premio halle castigo? Además de esto, si uno cuando ha de ir á hablar á un principe va bien vestido, y se corriera parecer delante de él medio desnudo y enlodado; ¿cómo se avergonzará el pecador de verse delante del Señor de todo desnudo de buenas obras y enlodado con tantos males abominables y horrendos? Porque fuera de la multitud de sus culpas, de que hallará llenos los días enteros, se le ha de descubrir su gravedad, y se estremecerá de lo que ahora le parece culpa ligera; porque allí verá toda la horribilidad del pecado, verá la disonancia que hace á la razon, la deformidad que causa en el alma, la grandeza de la ofensa que se hace al

(1) III Reg. xx.

Señor del mundo, el desagradecimiento á la sangre de Cristo, el daño que se hizo á sí mismo el pecador, el infierno en que cayó por el pecado, y la gloria que perdió. Cada cosa de estas bastaba para cubrir el corazón de luto y llanto inconsolable; todas juntas ¿qué pasmo y confusion nos causarán? Y mas viendo que no solo los pecados mortales causan en el alma una monstruosidad horrenda; pero que los veniales aun la deforman mas que cualquiera monstruosidad corporal se puede imaginar. Si la vista de solo un demonio es tan horrible, que dijeron muchos siervos de Dios que escogerian antes padecer todos los tormentos de esta vida que verle por un momento, siendo toda la fealdad solo la que le pegó un pecado mortal, porque por su naturaleza fueron los demonios muy hermosos; ¿cómo estará allí el pecador, no solo viendo el demonio con toda su fealdad que le acusa rabiosamente, pero á sí mismo con igual fealdad, y podrá ser que mayor que la de muchos demonios, con tantas deformidades como pecados tuviere mortales y veniales? Evítelos ahora, porque todos han de salir á plaza, y de todo le han de pedir cuenta hasta el último maravedí.

No ha de ser esta cuenta á bulto, no ha de ser por piezas mayores; hasta el mas mínimo pecado se ha de descubrir y desenvolver, y de él le han de pedir cuenta. ¿Qué señor hay que así tome cuentas á su mayordomo, que le pregunte por un cabo de agujeta, y á su tesorero no le deje pasar una blanca sin que le diga cómo la gastó? El derecho humano dispone que no ha de hacer tribunal el juez de cosas pequeñas; pero en el juicio divino no se ha de pedir menos diligentemente cuenta de lo mas pequeño que de lo mas grande.

En lo que ha sucedido á muchos siervos de Dios, aun antes de salir de esta vida, se podrá echar de ver el rigor con que se tomará esta cuenta despues de la muerte. San Juan Clímaco escribe de un monje (1) que deseó mucho vivir en soledad y quietud, el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros privilegios de virtudes, edificó una celda á la raíz del monte donde Elias en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este Padre, de tan rigurosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de allí á otro lugar llamado Sides, que era de los monjes anacoretas que viven en soledad; y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion y fuera de todo camino, y desviado setenta millas de poblado), al fin de la vida vino de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él allí dos discípulos muy religiosos de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda, y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia, pues, an-

(1) Climac. grad. 7.